

## Agustina de Aragón

-¿Quieres una hoja de ruta en papel? -Me pregunta Manolo Arias antes de comenzar el brevet-

- No -contesto- me he cargado el track en el GPS.

-Bueno, yo me lo llevo que esto no me falla seguro.

A las seis y media de la mañana, ya hay un numeroso grupo de cicloturistas en el hall del hotel Illunion de Zaragoza, dispuestos a luchar contra los 200 km del primer brevet del Club Ciclista Aragonés de este 2019. Saludos, nervios y las últimas comprobaciones a las bicicletas, y poco más tarde de las siete, un grupo de unos 100 breveteros estamos rodando por las calles de la capital mañá camino de la "ruta del Tambor y el Bombo". El día se presenta ideal para el ciclista: viento calmo después de duros días de cierzo, ausencia de lluvia y temperaturas que, a pesar de la amplitud térmica, no supondrán un problema salvo en puntuales momentos del día.

Los primeros kilómetros transcurren como casi cualquier comienzo de 200: ritmo vivo, casi de salida dominical, pero con la salvedad de que, en este caso, además de nerviosos carreristas con las baterías llenas, son maños los que tiran de los distintos grupos que se van conformando. Concentración máxima, mirada fija, pocas palabras, y desarrollos atrancados que nos hacen ir a una media para nada brevetera. Poco a poco se van definiendo distintas grupetas, y Manolo y yo nos unimos a un pequeño grupo de unas diez unidades. Aragoneses, varios vascos, un par de chicas de Navarra con planta de extraordinarias rodadoras de larga distancia, y los dos versos sueltos del Pueblo Nuevo marchamos a ritmo ligero hasta llegar a Gelsa de Ebro, pasando antes por un tramo adoquinado que nada tiene que envidiar al Infierno del Norte.

En Gelsa tenemos el primero control. Hemos cubierto 50 kilómetros en dos horas que, habida cuenta que los primeros kilómetros fueron urbanos, nos da una idea del ritmo al que hemos rodado. Tras el sello y el café de rigor, decidimos dejar salir a los carreristas y, como buenos arrastrabici que somos, dejamos el pueblo de los últimos y a un ritmo más randonneur. De la misma manera las carreteras también se vuelven más estrechas, solitarias y rompepiernas, que junto con el calor que empieza a hacer a media mañana, nos hace sentir bastante cómodos en nuestro camino.

Al poco de retomar la marcha mi GPS se para. Lo enciendo, se mantiene vivo por cinco o seis segundos, y se vuelve a parar. Y así varias veces. Unos 140 kilómetros por delante en terreno desconocido y sin el cacharrito de las narices. Se lo comento a Manolo y me responde: "no te preocupes, llevo la hoja de ruta en papel. Ya te dije que esto no falla nunca" Y durante ocho horas veo a mi compañero de ruta sortear rotondas, cruces y desvíos sin dudar ni un segundo, sólo consultando de vez en cuando el papelito que cuidadosamente lleva protegido con un pequeño plástico. Lección número 1 del día: lleva siempre alternativa analógica al track de la ruta.

Media hora después alcanzamos a Jose María, conocido randonneur zaragozano afincado en Madrid, y a su compañero de ruta en un triciclo reclinado. Compartimos algunos kilómetros y en un momento determinado, nos pasa el coche de apoyo indicándonos que tenemos una pareja que viene detrás nuestra. Llegamos a Alforque, Cinco Olivas y Alborge, y bordeamos los famosos meandros del Ebro con unas vistas espectaculares sobre el río. Es en esta última población donde nos alcanza la pareja que nos habían comentado, y con ellos atravesamos Escatrón, Jatiel y la Puebla

de Híjar, segundo control del día. Son dos chicos jóvenes, él ciclista preparado; y ella, que siendo su máxima distancia recorrida hasta la fecha de 115 kilómetros, se ha propuesto con esta brevet subir el listón hasta los 200. El joven siempre va tirando de ella, le va dando consejos, charla con nosotros, y ella concentrada, la mirada fija en la rueda trasera de su pareja, como si no quisiera gastar ni un solo gramo de energía en nada que no sea empujar las bielas de su máquina...

Refresco y algo rápido para comer; foto de rigor, mensajes a los grupos de whatsapp, y nuestros improvisados compañeros de ruta salen antes que nosotros. Cuando vamos a coger las bicis vemos que Manolo ha pinchado. Cambio rápido, aprovecho para quitarme ropa (hace 23 grados a las once y media, y llegaremos hasta 28 a media tarde) y continuamos la marcha hacia Albalate del Arzobispo y Lécera.

Al poco de continuar alcanzamos de nuevo a la pareja, y nos extraña porque con el pinchazo deberían ir con 10 minutos mínimo de adelanto. Al llegar a su altura, entendemos lo que está pasando: la chica está pasando un mal rato, mete todo el desarrollo en cualquier subida y en el llano "hace la goma" con su gregario de lujo. Durante varios kilómetros nos adelantamos mutuamente un par de veces: nosotros paramos a coger agua, nos sacan ventaja, y al cabo los volvemos a sobrepasar. Y cada vez que la vemos nos parece que el esfuerzo que realiza nuestra compañera es agotador. Tira y afloja, tira y afloja, cada vez más cansancio... Mucho antes de Lécera (km 126) los adelantamos por última vez, y en ese momento intuimos que las posibilidades que tiene la guerrera de hacer más de 70 kilómetros en esas condiciones (la parte más dura estaba por llegar, y empezaba a hacer calor) son bastante pequeñas.

A las tres de la tarde, y tras 90 km de continuos sube-bajas, llegamos a Azuara, tercer control del día (km 145). Aprieta el calor y nuestras fuerzas ya están castigadas, pero confiamos en el efecto reparador de una buena comida y una fresca bebida. Entramos al único bar del pueblo, pedimos unas cervezas sin alcohol, y al preguntar por la comida, la chica que se atrinchera tras la barra como si hubieran pasado las caballerías de Atila contesta "Nada. Los que han llegado antes lo han saqueado todo. Sólo nos quedan unos pinchos fríos" Y nos enseña una bandeja de algo que en su momento aspiró a ser tapa y se quedó en desecho de tienda que ni los animales que habían pasado un rato antes habían querido. Así que, haciendo de tripas corazón, nos apretamos entre pecho y espalda unos mendrugos cubiertos con algunos tropezones que al menos nos sirvieron para engañar al estómago. Lección número 2: planifica bien donde piensas hacer la comida principal del brevet.

Al salir del pueblo, Manolo me comenta: "me han dicho que queda una "subidita", llegamos a Fuendetodos, y de ahí todo para abajo". Puro optimismo. El terreno sigue picando hacia arriba, a casi 30 grados de temperatura, y la "subidita" resulta ser más de un kilómetro a unos porcentajes cercanos, si no superiores, al 10%. Al coronar, no hago nada más que pensar en la chica que dejamos atrás ya hace rato y que, en el caso de que consiguiera llegar hasta aquí, esta cuesta sería probablemente la que le hiciera abandonar de su particular reto.

Llegamos a Fuendetodos, cuna de Goya y tumba de nuestras fuerzas. El terreno quebrado, el calor y la regular comida nos ha castigado y vamos tirando más de orgullo que de glucosa. Hacemos una rápida parada, vuelta a subir y a bajar y al cabo de unos tres kilómetros, divisamos por fin un horizonte tendente hacia abajo, rodeado de un bosque de aerogeneradores y con múltiples restos de la Batalla del Ebro. Atravesamos Jaulín antes de conectar con una carretera paralela a la autovía

de Teruel que, con viento a favor, terreno descendente y la ayuda de la Pilarica, nos lleva en volandas a nuestro destino.

Llegamos al mismo hotel de salida a las seis y cuarto. Sellamos, dejamos el cartón en la urna, y nos cambiamos. Cargamos las bicicletas en el coche y, antes de emprender el regreso a Madrid, decidimos tomar algo. Estamos junto a la Romareda, juega el Zaragoza en un par de horas y el ambiente es festivo. Cuando estamos a punto de salir para tomar el tan deseado refrigerio, vemos llegar al coche de apoyo. Saludos finales, comentarios sobre lo espectacular de la ruta y, antes de despedirnos, le pregunto por la pareja joven: ¿han abandonado, no? Y el que ha ejercido de nuestro particular ángel de la guarda, contesta: "Qué va. Los he dejado a un kilómetro de aquí, están a punto de llegar. La chica no se ha bajado de la bicicleta en todo el día salvo para sellar. Además ha tenido un problema con las calas que ha podido solucionar sobre la marcha. Pero en ningún momento ha dudado de que la iba a terminar" Y tras unos segundos de silencio, sentencia: "Con dos ovarios..."

Lección número 3: nunca dudes de la voluntad de una mujer.

Manolo y yo no podemos por más que esperar a la llegada de los dos chicos. Aplausos por nuestra parte, y felicitaciones. Pocas veces he visto una cara de más orgullo como la de él, y de más satisfacción como la de ella. No le pregunto cómo se llama, pero quiero pensar que se llama Agustina. Agustina de Aragón. Y pienso que la heroína que hoy hemos conocido ha sido la verdadera protagonista del brevet. Ella sola y nadie más. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es el ciclismo, si no el triunfo de la fe?

**Rafael Palomino - CRÓNICA BREVET 200 – Zaragoza (Club Ciclista Aragónés) – 16 marzo 2019**